

Notas, Textos y Comentarios

La palabra de Dios, alimento común de todos los cristianos

El Concilio ecuménico, cuya pronta celebración esperamos y cuyo cometido va a ser la Unidad cristiana, nos invita a tantear un balance, más que de lo que nos separa de los diversos credos, de lo que ellos tienen incontestablemente de común con nosotros en cosas esenciales. ¿A este respecto no es acaso la Palabra de Dios, consignada en la Biblia, donde todos los credos cristianos han reconocido siempre su punto de arranque y su alimento, lo mejor que tenemos a todas luces?

Es verdad que esta Biblia meditada por largos siglos de Paz, lo mismo por las Iglesias de Oriente que de Occidente, ha sido más tarde, en el tiempo de la gran ruptura de la cristiandad por la Reforma, tomada si no como motivo al menos como pretexto de división. ¿No ha sido acaso traída la Reforma en nombre de la Palabra de Dios encontrada en oposición con las tradiciones humanas y vuelta a la pureza del testimonio bíblico? Tal fué la sacudida que recibieron de ello las almas que los pastores de la Iglesia Católica se vieron en la precisión de desaconsejar a los fieles, no suficientemente formados, la lectura no controlada de la Sagrada Escritura.

Sólo quien ignora las tristes aberraciones, a que a lo largo de la historia de la Iglesia ha servido de pretexto la Escritura, podrá admirarse de esta medida. Los mismos Reformadores no tardaron mucho en constatar los desastrosos resultados en aquellos mismos que se gloriaban de haber desencadenado el movimiento. Siempre ha sucedido que este tesoro precioso que los cristianos han poseído en común ha venido a ser arma de luchas intestinas y ocasión de sospechas. ¿No habrá remedio para este mal? ¿Qué esperanzas podemos abrigar? ¿Cuáles son las dificultades que hay que superar? Tales son las cuestiones que nos proponemos.

* * *

Es menester primeramente no hacernos una idea demasiado simplista del conflicto que dividió las inteligencias en tiempo de la Re-

forma sobre el sentido y el valor de la Palabra de Dios. Contra los Protestantes, que gustaban de oponer la Biblia a la enseñanza de la Iglesia, el Concilio de Trento declaraba explícitamente que no quería más que «salvaguardar la pureza del Evangelio». Para definir la doctrina de la fe y regular la conducta de los cristianos trataba de basarse en definitiva sólo «en la Palabra de Dios, escrita o transmitida por la tradición»¹. Como siempre a través de su larga historia la Iglesia Católica quiere conducirse únicamente como servidora y órgano de la Palabra salvadora.

Por otra parte, la Biblia a que Lutero no cesa de apelar, está claro que no es un libro nuevo cuyas enseñanzas hubiera sido él mismo el primero en estudiar. Al mismo tiempo que él lo meditaba, leía también a los autores que lo habían comentado. ¿Cómo hubiera podido prescindir de esta tradición de fe y de piedad en la que había sido él educado?

Su carácter personal debía, por otra parte, haberle alejado lo más posible de una religión intelectual, aferrada a la sola letra de un libro. El Evangelio al que él apela, por el que sentía una devoción tan viva, era para él mucho más que un texto escrito, «predicación oral, palabra viva, voz...»². Es también éste, según él, uno de los rasgos esenciales que distinguen la nueva revelación de la antigua, que se presentaba como «letra» escrita. Y Lutero ve en esa oposición la razón por qué «Cristo no ha dado por escrito sus enseñanzas, como Moisés, sino que las dió oralmente... y no dió orden de escribirlas».

«Además, añade, los Apóstoles han escrito poco, aun los que han escrito; y eso poco es, lo mismo que su predicación oral, para remitirnos a la Escritura Antigua y mostrarnos solamente su cumplimiento y su sentido verdadero. Así pues, aunque es verdad que el Antiguo y Nuevo Testamento han sido literalmente consignados en el papel, con todo el Evangelio no debía propiamente ser escrito, sino expresado por viva voz que resonara y se hiciera oír en todo el mundo.» «El que haya sido escrito, añade, ha sido de supererogación»³. Lo que le interesa, no es la Escritura, sino Cristo, y si sus adversarios «vuelven la Escritura contra Cristo», no duda «en apelar a Cristo contra la Escritura»⁴. Lutero está también muy lejos de querer establecer una relación puramente individual del alma con Cristo a base de la Escritura. Sabe que «no puede haber Palabra de Dios sin un pueblo de Dios», lo mismo que «no puede haber un pueblo de Dios sin la palabra de Dios». Así, se pregunta, «¿quién podría predicarla y quién escucharla, sino el pue-

¹ Sesión IV. Cf. Denz. 783.

² W. A. 12, p. 259.

³ W. A. 10, pp. 625 s.

⁴ W. A. 39, p. 47.

blo de Dios? ¿Y cómo podría el pueblo de Dios llegar a la fe, si no se le anunciara la Palabra de Dios?»⁵.

Para decirlo de otra manera, estamos todavía lejos de esa oposición obstinada entre la Escritura y la voz viva de la Iglesia que levantaría más tarde unos contra otros a Católicos y Protestantes. Es muy cierto que, al rechazar *la autoridad* viva a la que tocaba regular la fe y dar una interpretación *auténtica* de la misma Escritura, Lutero había abierto el camino, no sólo a todas las aberraciones religiosas, sino también a un cristianismo completamente degenerado, que fuera la pantalla de una verdadera incredulidad.

★ ★ ★

Hemos dicho que inmediatamente después de la Reforma, y reclamando la libertad proclamada por el nuevo movimiento, apareció una fermentación anárquica lo mismo en el orden religioso que en el orden político. Con todo, era ante la marea racionalista del siglo de las luces y al enfrentarse con la crítica deletérea del siglo XIX, cuando la fe protestante manifestaría toda su debilidad. Para el Protestantismo «liberal», que surgió entonces, el cristianismo se reduce a una forma de cultura, o de humanismo; para él no hay otra revelación que la experiencia interna del alma religiosa. Así no sólo quedaba ya rechazada la autoridad viva del Magisterio de la Iglesia, sino también la autoridad de la misma Escritura. Ya no se podía hablar de la Palabra de Dios más que en un sentido completamente trastocado.

Apresurémonos a añadir que el Protestantismo liberal, si es verdad que en el siglo XIX invadió casi toda la teología y amenazó sepultar bajo sus aguas gran número de comunidades, sin embargo nunca ha inundado todo el Protestantismo. Se ha conservado una tendencia llamada «fundamentalista» o «pietista», caracterizada por la preocupación contraria de una fidelidad escrupulosa a la letra de la Escritura, en la que sus representantes creían reconocer inmediatamente la Palabra de Dios expresada en cada uno de los detalles. Pero este literalismo rígido, fuera de que se mostraba impotente para contener eficazmente el arrastre en masa hacia el liberalismo, expresaba, sean cuales fuesen sus deseos, una manera muy particular, y en realidad muy subjetiva, de tratar el texto sagrado. Porque, suponiendo que sea posible concebir la palabra viva como una serie de proposiciones intemporales, aparentemente más o menos coherentes, no se puede imponer de ninguna manera el abordar la Palabra de Dios, contenida en la Biblia, como una serie de oráculos, susceptibles de dar su sentido independientemente de todo trabajo de interpretación o de crítica.

⁵ Citado en L. BOUYER, *Du Protestantisme a l'Eglise*, p. 128.

Mientras el Protestantismo dejaba ver las consecuencias fatales inherentes a su principio del libre examen o de la *sola Escritura*, la Iglesia Católica estaba a veces demasiado absorbida en reaccionar contra los peligros en los que había sucumbido una parte importante del mundo cristiano. Las preocupaciones de una apologética antirraciona- lista y antiprotestante habían de impedir, sin género de duda, estudiar en sí mismas, con el fin de penetrarlas y nutrirse de ellas, las fuentes de la Revelación, y en particular, la Santa Escritura. No que la exégesis católica no haya dado algunos buenos tratados. Pero son relativamente raros. Y hay que reconocer, que a la masa de los fieles no se le ha tenido en contacto suficiente y personal con la Palabra de Dios contenida en la Biblia.

* * *

Si no es el día de hoy imposible algún acercamiento entre el mundo católico y protestante, se debe sin duda, más que a otra cosa, al hecho de que de una y otra parte se manifiesta el gusto y un sentimiento más genuino de la Palabra de Dios. Como reacción contra la teología liberal, que, como decíamos, tendía a reducir el cristianismo a un fenómeno de sicología o de historia, el movimiento de la «teología dialéctica» que comienza a dibujarse después de la primera guerra mundial, especialmente bajo el impulso de Carlos Barth, se presenta como una vuelta decidida, según el espíritu de los Reformadores, a una teología de la Palabra de Dios, atestiguada en la Biblia y que solicita de nuevo, como siempre, una fe verdadera por encima de todas nuestras explicaciones y de todas nuestras medidas.

Como reacción contra el naturalismo de la teología liberal, la teología dialéctica no se contenta, como las sectas fundamentalistas o pietistas, con aferrarse a la letra de la Escritura. Sabe distinguir las varias manifestaciones o los varios aspectos, igualmente esenciales de la Palabra de Dios y que no deben ser aislados⁶. Sin duda, explica por ejemplo Carlos Barth, la Palabra de Dios consignada en la Escritura tiene su papel particular: el de regular y en definitiva juzgar toda doctrina y toda predicación. Pero la Escritura ella misma debe «ser predicada en la Iglesia, para que llegue a ser para nosotros la Palabra de Dios»⁷.

Este descubrimiento del Organismo vivo en el cual y sólo en el cual encuentra la Palabra de la Escritura su sentido debía ser por otra

⁶ Así Carlos Barth estudia sucesivamente la Palabra de Dios como «Revelación», como «Escritura», como «Predicación», después, desde otro punto de vista como «discurso divino», como «acción divina» y como «misterio divino»... Cf. *Dogmatik I*, 1.

⁷ *Dogmatik I*, 1, p. 124.

parte favorecido y completado por el desenvolvimiento de la investigación exegética. En efecto, ésta hace ver más y más los textos de la Escritura, y en especial los Evangelios, como testimonio de una tradición que ha preexistido a ellos y como documentos de una comunidad dentro de la cual han de ser situados para ser entendidos y comprendidos como se debe.

Al mismo tiempo que los ojos de los protestantes se abrían de esta manera a realidades que habían olvidado demasiado tiempo, la ciencia católica, alentada por las más altas instancias, sin renegar en nada de su prudencia y seguridad, se levantaba a una altura hasta entonces raramente igualada, y daba pruebas de una seriedad y de unas cualidades a las que los mismos exegetas protestantes se han visto obligados a rendir homenaje⁸. En sus diferentes trabajos, los exegetas y teólogos católicos no dejan de aprovechar las contribuciones de los mejores de sus colegas protestantes hasta tal punto que se puede hablar, no sólo de una emulación sino también de una auténtica colaboración en el estudio de la Sda. Escritura. Un ejemplo expresivo lo han dado ciertas obras colectivas o ciertas revistas que recogen a la vez trabajos científicos de católicos y protestantes⁹.

En fin, es notorio el desarrollo que ha tomado la cultura bíblica hace algunas décadas en el conjunto del pueblo católico. Piénsese en las numerosas ediciones nuevas de la Biblia y el éxito tan justificado que han obtenido; piénsese en los numerosos y excelentes comentarios, en las diferentes introducciones a la lectura y al estudio de los libros sagrados, en las meditaciones, sermones, etc..., que no tienen otro objeto que ayudar a asimilar sus mayores enseñanzas. Piénsese también en el renacimiento litúrgico, que en gran parte consiste en volver a valorar el contenido bíblico de la Liturgia y que quiere *hacer hablar* a los diferentes ritos, hacer que sean, efectivamente, lo que deben ser, portadores de la Palabra salvadora de Dios.

⁸ Así E. Kasemann, a pesar de ser conocido por sus posiciones críticas muy radicales, tratando de «cuestiones actuales relativas al Nuevo Testamento» escribe: «La equidad nos obliga a reconocer que la exegesis católica moderna, al menos en Alemania y en los países más vecinos, ha alcanzado igualmente un nivel que no es ya inferior, en general, al de los trabajos de los protestantes, y que aun no es raro que los supere por el cuidado (con que ella lleva sus propios trabajos)»: *Zeitschrift für Theologie und Kirche*, 1957, 1, p. 2. También en un informe la *Societas Novi Testamenti*, sobre «la investigación y la enseñanza relativa al Nuevo Testamento en la Alemania de hoy», W. G. KUMMEL subraya que los trabajos de los exegetas pertenecientes a la Iglesia católica romana son tomados en mucha mayor consideración por los exegetas protestantes (y viceversa) que en el pasado» (*New Testament Studies*, 1955, 3, p. 231).

⁹ Por ejemplo los *Studia Evangelica* que reúnen las comunicaciones del Congreso sobre los Evangelios tenido en Oxford en 1957 o la revista «*New Testament Studies*» de la *Societas Novi Testamenti*.

¿Quiere esto decir que se haya realizado la unidad entre católicos y protestantes siquiera en este terreno de la Palabra de Dios? No se podría suponerlo, si no es olvidando que la Palabra de Dios es el fundamento y el objeto de toda la fe y que, si fuera aceptada y entendida de la misma manera, ya no habría verdaderas divisiones en el mundo cristiano. Estas no atañen, por desgracia, a puntos secundarios sino que afectan de una manera o de otra al fundamento mismo de la fe, a la manera de comprender la revelación salvadora hecha por Jesucristo.

Lo que para un católico especifica esta revelación es que ella no es solamente el anuncio de un mensaje o la comunicación de una doctrina, sino el don de una persona, cuya presencia permanente está vinculada a una institución fundada por esta persona, depositaria de su pensamiento y de su propia autoridad. Sin duda que esta institución, la Iglesia, una vez congregada por su Jefe, debe siempre dejarse juzgar por El. Bajo este punto de vista la Palabra de Dios, fijada en la Escritura, sigue siempre teniendo para la Iglesia un valor y un papel privilegiado, como testimonio que es de la idea divina en el acto mismo de fundar la Iglesia y en el seguir precisamente reuniéndola sin interrupción. Pero el papel de esta Iglesia, no es sólo, después de haber servido de marco a su aparición, transmitirnos el texto de la Escritura, ni tampoco dárnoslo a conocer comentándolo en un lenguaje vivo y adaptado a nosotros. Ella debe interpretarla con autoridad, con la misma autoridad de aquél cuya Palabra es la Escritura y que se la confió a ella. Para un católico, no hay fe en la Palabra de Dios que no esté vinculada a la adhesión a un Magisterio autorizado.

Y esto le parece al católico necesario para que la misma Sda. Escritura le llegue a él en el sentido pleno y fuerte del término como Palabra de Dios. Hemos subrayado la diversidad de interpretaciones que se podían dar de un mismo texto y la multiplicidad de sentidos que de hecho se había pretendido descubrir en la Biblia. Ahora bien, el contenido de la Biblia define el objeto de nuestra fe. ¿Puede concebirse que éste sea determinado en definitiva por las disposiciones interiores del que lee el texto sagrado? No hay duda de que Dios por medio de su gracia, por su Espíritu, puede siempre suscitar en el alma las disposiciones que le hagan posible entender correctamente lo que El quiso significar en la Escritura. Pero entonces será esta inspiración interior e invisible la que fundará la realidad de nuestras relaciones con Dios. No será su pensamiento, su voluntad *manifestados*. Por el mismo hecho habremos salido fuera de la economía de la Palabra.

El católico sostiene también, es verdad, que la Palabra de Dios no se revela plenamente como tal más que por la fe, iluminada por el Espíritu Santo. Intención manifestada, ella debe ser entendida, interiorizada. Pero, en el camino de esta interiorización, el católico va siempre guiado y sostenido por una Palabra viva, autorizada, y sabe recibir de la Iglesia misma la fe por la que se apropia el mensaje

divino de la salvación¹⁰. El último punto de apoyo de la gracia, que le salva y le diviniza, no es el santuario oculto de su propia fe, sino la *manifestación histórica* de la Palabra.

Mientras los protestantes no hayan reconocido este lazo irrompible de la Palabra de Dios y la autoridad eclesiástica, no tendrán de la Palabra de Dios la misma idea que nosotros, y a nosotros nos parecerá, que venerándola por una parte especialmente, por otra comprometen de hecho su misterio propio. Les ayudaremos, sin duda, a descubrir mejor la plenitud de este misterio, si al escrutarlo cada vez mejor, dejándonos convertir más perfectamente por él, sabemos manifestar mejor cómo solamente en nuestra Iglesia puede la Palabra de Dios, que no cesa de interpelar a todo cristiano, producir todos sus frutos e irradiar toda su luz.

RENÉ MARLÉ, S. J.

¹⁰ «¿Qué pides tú a la Iglesia de Dios?», pregunta el sacerdote al candidato al bautismo. Y éste le responde: «La fe.»